

LA MUERTE DEL AVE MARAVILLOSA



El ave esperó mi llegada dentro del huevo, pero como yo no lo hallé a tiempo, el ave comenzó a vivir sin haber nacido. Al cabo de muchos años, después de innumerables búsquedas, hallo el huevo entre las malezas de un nido en las inmediaciones de un antiguo bosque abandonado. Procedo a romper el huevo. El ave nace vieja y arrugada, muriendo casi de inmediato. En su agonía alcanza a decirme:

¡Qué injusto ha sido el mundo conmigo! Si después de todo hubiera sido el ave de mal agüero no me lamentaría de lo que me ha acontecido; pero siendo lo que soy, el Ave Maravillosa, es imperdonable que se me haya permitido vivir sin haber nacido....

¡Oh triste vida en mi cruel encierro!
¡Oh tristeza del nacer apenas para de inmediato morir!
¡Oh vida sin nacimiento....!
¡Oh vejez prematura segada al instante de nacer!

Quise decirle algo pero mientras el cascarón seguía rompiéndose, prosiguió lastimeramente.

Y exclama imprecando:

¡Oh vida mortal... oh muerte prematuramente envejecida...
¡Oh triste nacimiento de mi aparecer caduco...
¡Oh angustiada espera de mi nacer fatal...!

Le respondí de inmediato: Ahí está precisamente la maravilla "Ave maravillosa". Pero el ave entrando en franca agonía concluyó entrecortadamente suspirante:

¡Oh espera de mi vida!
¡Oh tormento de mi nacer!
¡Oh nacimiento de mi muerte!
¡Oh muerte de mi resurrección!

¡Oh mortal resurrección de mi nacimiento envejecido...!

Ave: ¡qué huella de extrema ancianidad!
Ave: ¡qué expresión de espantosa vejez supina!
Ave: ¡qué vejez tan avanzada ya! ¡pero si colinda con la muerte!
Ave: ¡más viejo no se podría ser!
Ave: la poca vida que aún te queda, está ahí mutilada y muriente.
Y el ave me respondió:

Considera que estoy muriendo a la edad en que mueren los inmortales....

Considera que, ésta mi horrible agonía, equivale a varios miles de muertes naturales.

Pensé: Como buen mortal, la muerte siempre me ha aterrado. Pero ¡cielos! Si hubiese sido inmortal cómo me habría aterrado aún más.

Busqué por entre los resquicios del huevo el cadáver del ave y sólo saqué mis dedos impregnados de ceniza. Muy en el fondo había un pergamino doblado cuidadosamente. Lo extraje. Lo abrí. Y leí:

¡Oh triste vida en mi cruel encierro!
¡Oh tristeza del nacer apenas, para de inmediato morir!
¡Oh vida sin nacimiento...!
¡Oh vejez prematura segada al instante de nacer!
¡Oh vida mortal...! ¡Oh muerte prematuramente envejecida...!
¡Oh triste nacimiento de mi aparecer caduco...!
¡Oh angustiada espera de mi nacer fatal ... !
¡Oh espera de mi vida!
¡Oh tormento de mi nacer!
¡Oh nacimiento de mi muerte!
¡Oh muerte de mi resurrección!
¡Oh mortal resurrección de mi nacimiento envejecido...!

Fue entonces cuando comprendí que aquella muerte, auténtica e irremisible, era la primera y la última muerte del Ave maravillosa. La única. Sí. Era el Ave Fénix la que había muerto.

* Profesor de Lengua y Literatura. Facultad de Ciencias y Humanidades. Universidad Peruana "Cayetano Heredia".